

Vuelven los tercermundistas cortes de agua.

Enrique Cabrera - Universidad Politécnica de Valencia

Según leo en la prensa de hace unos días, desde el pasado 27 de septiembre la Vila Joiosa, la joya de villa que vio nacer a quien tengo por honra principal de mis amigos, sufre por espacio de ocho horas diarias cortes, que no restricciones, de agua. Por lo visto nadie en este país ha tomado nota del drama que vivieron diez millones de ciudadanos de España durante el período 1991-95, soportando tan bochornosa y tercermundista medida. Se constata pues, que el hombre es el único animal que tropieza varias veces con la misma piedra.

De nada sirven los mensajes que los especialistas hemos efectuado en el último quinquenio a la opinión pública y a la administración. Los abastecimientos no son de nuestra competencia, me decía un muy alto cargo técnico del Ministerio del Medio Ambiente no ha más de un año. Son los ayuntamientos quienes la tienen. Pues si de ellos depende, le contesté, los problemas no se resuelven ni con la llegada del juicio final. La misma conclusión de siempre. La administración hídrica de España no quiere controlar ni el estado de los abastecimientos, ni los vertidos ilegales, ni la sobreexplotación de los acuíferos ni otras muchas cosas. Si controla, y bien, el agua superficial y los recursos económicos. Quedándose sólo los caramelos y sin que nadie sea capaz de repartir cachetes nuestra cultura hídrica se asemeja, pues, a la del niño malcriado e inútil.

Por dondequiera que fui he denunciado el problema. Lo he hecho con tenacidad pese a que los resultados alcanzados me hacen pensar que en este predicar más me asemejo a Juan El Bautista que a un profesor universitario. Comencé la cruzada en diciembre de 1995 en la sección de sociedad del diario El País, ya en el ocaso del precedente periodo seco. Me hacia allí eco de un artículo publicado en noviembre de ese mismo año por mi amigo Jay Lund, catedrático de hidráulica de la Universidad de Davis, en California. Explicaba Jay en la prestigiosa revista Journal of Water Resources Planning and Management de la que fue su editor, lo que es un corte de agua. Y lo hacía de este modo: muchos abastecimientos urbanos en países poco desarrollados, que carecen de sistemas y alternativas para limitar el gasto de agua, interrumpen el suministro de agua de forma periódica. Esta práctica es ineficiente desde cualquier punto de vista y comporta graves riesgos para la salud pública, siendo práctica habitual de los desesperados en condiciones de máximo descontrol.

Pero volvamos a la penosa actualidad de la Vila, la ciudad que vio nacer a mi buen amigo. Al objeto de tranquilizar a su parroquia de inmediato se hizo público que 20 empresas ya competían por construir allí un depósito y nuevas conducciones que mejorarían el suministro de agua. De inmediato, pues, se recurrió a la vistosa, y a la larga del todo ineficaz, fórmula de siempre, la promoción de obras nuevas cuando lo que ante todo se precisa es, en el día a día, una buena gestión. Pero las preferencias están claras. Antes la construcción de una nueva desaladora a renovar la red del municipio. Nada importa el coste de la solución ni que en ocasiones la planta produzca menos agua que la que se fuga a través de tuberías que a gritos piden el cambio. Ésa no es la guerra de la administración mientras los ayuntamientos ni quieren ni están por la labor. Y así nos va. Al fin y a la postre es el beneficio y el protagonismo de unos pocos frente a la programación y el quehacer diario de otros muchos. Sin tapujos me lo decía un ingeniero de cuyo nombre no quiero acordarme. Ya en el ocaso de 1995, crepúsculo de la última sequía expresaba su ferviente deseo a que ésta se

prolongara, cuanto más mejor, pues se estaba forrando haciendo desaladoras .

La gestión de la demanda del agua es el único camino que existe para alcanzar una gestión racional y sostenible. Y una parte importante de la gestión de la demanda pasa por mejorar la eficiencia de los sistemas hasta que alcancen rendimientos superiores al 90%. De este modo no habría necesidad de cortar el agua en épocas de racionamiento, pues cortar el agua tan sólo evita que las tuberías la pierdan. Eso es todo. Con los usuarios llenando cubos y bañeras el consumo se mantiene, las incomodidades crecen y la garantía de potabilidad desaparece. Hay sin duda modos racionales para racionar el agua que, por pertenecer al mundo de la gestión, en España se ignoran. Como se ha dicho, los cortes, excepción hecha del ahorro de agua a cargo de las tuberías, sólo crean inconvenientes. Entra aire en los puntos altos de la red que después, y para evitar las roturas, hay que expulsar con cuidado. Así me lo contaba un técnico, gaditano por más señas, con mucho oficio en el tema tras sus cinco años de restricciones. Y aún en ocasiones tenemos intrusiones patógenas por la entrada en la red de agua previamente fugada. Lo que es mucho peor. Restituido el servicio, la turbiedad que se aprecia nada más abrir el grifo así lo evidencia. Por ello nadie puede beber cuando se practican los cortes, pues los riesgos de contagio son más que evidentes. Pingües beneficios para quienes la embotellan vendiéndola después a 50.000 pesetas el metro cúbico en un país en el que priman los precios políticos en todos los usos del agua menos en el del derecho sagrado a beberla.

El contacto del agua con el medio exterior equivale a perder su precinto de garantía. Por ello uno de los frecuentes focos de legionela lo constituye el agua de los aljibes. Además del contacto del agua con la atmósfera, el aljibe posibilita su mezcla con intrusiones patógenas. Muy frecuentes en nuestra Comunidad, y tan tercermundistas como los cortes de agua, de los que por evitar incomodidades cuando aquellos se practican son sus compañeros de viaje aún nadie los ha prohibido. Puede que por ahí les venga a los alcoyanos el brote que les afecta, pues así aconteció hace pocos años en Alcalá de Henares donde el alcalde llegó a dictar un bando que obligaba a limpiar los aljibes al menos una vez al año. La explosión urbanística del litoral no deja, al parecer, recursos económicos para que unas modestas redes sean ampliadas y mejoradas, aunque si caben grandes obras hidráulicas para el abastecimiento externo. Ésa es nuestra triste cultura.

Y ya que de cultura hablamos, la que se ha montado con los 300 hectómetros cúbicos que nos tocan del trasvase contemplado por el plan hidrológico nacional. Suponen tan sólo un 10% de nuestra demanda total y, aún admitiendo que finalmente se ejecute, el plazo más optimista para que llegue anualmente tal volumen de agua es de cinco años. ¿Qué hacer hasta entonces? Con independencia de su necesidad, esta inversión de tiempo y dinero dedicada a racionalizar la gestión sería más efectiva y menos controvertida. Pero, como me decía un amigo hace unos días, la opulencia del trasvase es parte intrínseca de esa hidrología emocional tan propia de nuestra cultura. Como lo son, en el actual contexto, las demagógicas campañas de ahorro.

Los bochornosos cortes de agua no se van a erradicar mientras, como hasta ahora, las soluciones nos vengan por la vía del interés general y sean financiadas por entes superiores que priman a quien peor gestiona. Forman parte de la actual liturgia, como lo evidencia el que fuera la misma administración la que en 1995 obligó a practicarlos a uno de los escasos municipios de la Comunidad que no precisa introducir tal medida. Tanto que su técnico me explicaba que no tenía la menor necesidad de hacerlo. Pero había que escenificar la penuria y el drama. Algo semejante me decía el pasado año

otro colega responsable de un abastecimiento en la provincia de Jaén. A su alcalde, y por razones de solidaridad, le instaba su homólogo del pueblo vecino a cortar el agua, aún cuando su municipio en absoluto lo precisaba. Y es que está claro, mal de muchos consuelo de tontos. Tal es la realidad de nuestros abastecimientos. ¿Hasta cuándo así? ¿Hasta cuándo?